

nuevas cruzadas para libertar el Santo-Sepulcro y la Palestina del yugo de la servidumbre?

Si en la época presente hubiese otro Pedro el Ermitaño que predicase á los pueblos esa nueva cruzada, grita inmensa se levantaria del cristianismo. Diríase que tal hombre deliraba, que pretendia volvernos á los bárbaros tiempos de la Edad-Media, y que el derecho moderno está bastante adelantado para que pudiera pensarse en las conquistas de la fuerza. Sin embargo, hay un sentimiento en el corazon, superior á todas las objeciones; los derechos del cristianismo campean sobre los hechos cumplidos por el alfanje musulmán y los hipócritas discursos de justicia de los modernos filósofos. La indiferencia y el escepticismo amontonan argumentos sobre argumentos contra todo sentimiento cristiano; pero la patria de Jesus, justo es que pertenezca á sus hijos; es la tierra que el Redentor empapó con su sangre, es la patria de los redimidos en el Calvario!—

Estás reflexiones las hice mientras giraba en torno de Jerusalem, contemplando sus murallas góticas, sus torres almenadas, sus puertas sombrías y sus blancas cúpulas esbeltas y melancólicas.

Al volver á la puerta de San Estéban me sentia un poco fatigado de mi excursion, por lo que invité á mis compañeros para que descendiésemos al valle de Josafat. Así lo hicimos, y en un momento bajamos de la altura, atravesamos el puente sobre el torrente Cedron, y nos encontramos al pié del sepulcro que se hizo erigir Absalon desde en vida. Es un monumento de arquitectura singular, cuadrilongo, con pilastras por la parte de fuera, y rematando en un cuello cilíndrico coronado por un ramo de palma.

«Y Absalon se habia erigido cuando aun vivia, una columna en el valle del rey, porque habia dicho: no tengo hijos, y esto servirá para memoria de mi nombre, y dió su nombre á la columna, y se llama hasta el dia de hoy la Mano de Absalon.» El rey profeta, uno de los mortales mas felices que han venido al mundo, fué herido por golpes terribles en su corazon, en castigo de sus pecados. Absalon, su

hijo amado, se levantó contra él y pretendió derribarlo del trono y ceñirse la corona de Israel. La suerte de las armas decidió por fin, al este del Jordan, quién habia de ser el monarca en Israel. Joab, general de los ejércitos de David, puso en derrota á los hombres del hijo rebelde. Al huir Absalon sobre un mulo, pasando por debajo de una encina, sus hermosos cabellos que formaban la delicia de su padre, enredáronse en las ramas, y escapándose la cabalgadura, quedó Absalon pendiente entre el cielo y la tierra. Joab se llegó á él y tomando tres lanzas en la mano se las hincó en el corazon, y como palpitase aún, pendiente de la encina, acudieron diez jóvenes escuderos de Joab, y á golpes le acabaron de matar. Y tomaron á Absalon, y lo echaron en el bosque en un grande hoyo, y acarrearón sobre él un monton de piedras.

David habia encargado á sus hombres: «conservadme al jóven Absalon.» Y sus órdenes no fueron respetadas por Joab. Estaba el rey sentado á la puerta de su palacio, cuando llegó á él un hombre de armas que le traia la noticia de la victoria de sus ejércitos. La primer pregunta de David, fué: «¿tiene paz el jóven Absalon?» Cusi que llegó á poco, fué preguntado de la misma manera. Y respondió: «así sean tratados como el jóven los enemigos del rey mi señor, y todos los que se levanten contra él para mal.»

Entonces el rey lleno de tristeza subió á una sala que estaba sobre la puerta, y lloró, y andando decia así: «hijo mio Absalon, Absalon hijo mio, ¿quién me diera que yo muriese por tí, Absalon hijo mio, hijo mio Absalon?»—

Sentado al pié del sepulcro de este hijo ingrato, me representaba esa escena, y no podia menos de admirar el amor y la santidad de David, al pensar que lloró tanto y tan largamente la muerte de Absalon.

Los judíos, abominando este crimen, arrojan piedras sobre el monumento cuando pasan cerca de él; así es que todo el interior se encuentra lleno de ellas. Se cree generalmente que David hizo trasportar el cuerpo de su hijo para hacerlo enterrar en este sepulcro; y es na-

tural que así haya sido, si se considera el grande amor que David profesaba á Absalon. Los israelitas por otra parte, tenían mucho respeto á los muertos, y principalmente á los de sangre real. Jehú que habia hecho precipitar á Jezabel por una ventana, le dió sepultura porque era hija de rey.

Junto á la tumba de Absalon se encuentra la de Josafat que da su nombre al valle, y está hundida en la tierra de tal suerte, que no se vé de ella mas que la fachada. La Biblia dice: «Josafat durmió con sus padres y fué sepultado con ellos en la ciudad de David.»

Dentro de este monumento entierran los judíos á sus muertos, introduciéndose furtivamente por la puerta, que está casi siempre cerrada.

No lejos de allí se encuentra la tumba de Zacarías, hijo de Joiada, que fué muerto por el pueblo entre el Templo y el altar, porque siendo pontífice, se puso delante del pueblo que idolatraba, y le echó en cara su delito.

Este episodio arrancó á Jesucristo aquellas palabras desconsoladoras y terribles: «hé aquí que envío á vosotros profetas, y sabios, y doctores, y de ellos mofareis, y crucificareis, y de ellos azotareis en vuestras sinagogas, y los perseguireis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquias, al cual matásteis entre el Templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalem, Jerusalem, que matas los profetas y apedreas aquellos que á tí son enviados, ¿cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina allega sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? Hé aquí que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo que desde ahora no me vereis hasta que digais: Bendito el que viene en el nombre del Señor.»

A algunos metros de distancia hácia el sur, se encuentra el lugar en donde, segun la tradicion, se ahorcó Júdas Iscariote.

Reposado que hubimos algun tiempo al pié de la tumba de Absalon, seguimos adelante por el valle, y llegamos á Siloe, aldea miserable donde se albergan algunos centenares de *fellahs*. Esta aldea se encuentra á la falda del monte del Escándalo, llamado así, porque en su cumbre el rey Salomon levantó templos á los ídolos, y escandalizó al pueblo. Porque el rey Salomon amó apasionadamente á muchas mujeres extranjeras, contra el mandato de Dios que le habia prohibido tener comercio con ellas. Y tuvo mujeres de Egipto, y de Moab, y de Amon, y de la Judea, y de Sidon, y de los Heteos. Y tuvo setecientas mujeres que eran como reinas, y trescientas concubinas, y su corazon fué pervertido hasta seguir los dioses ajenos. Y dió culto á Astarte, diosa de los sidonios, y á Moloc, ídolo de los amonitas. Y edificó un templo á Camoc, ídolo de Moab, sobre este monte, y otro á Moloc. Y de este modo se abandonó á todas las prácticas idolátricas de sus mujeres extranjeras, que quemaban inciensos y sacrificaban á sus dioses. Por lo cual se indignó el Señor contra Salomon y le castigó anunciándole que su reino seria desmembrado, que se le separarian diez tribus y que su descendencia reinaria en dos únicamente. Y el Señor no desmembró á Israel en los dias de Salomon, ni quitó todo el reino de su descendencia, por amor de David su padre.

Dícese que en la cumbre de este monte se encuentra todavía uno de los templos que Salomon levantó á los ídolos, y que es pequeño, amarillo, cuadrado y tallado en la roca; no puedo decir si esta especie es cierta, porque no subí al monte para desengañarme con mis ojos.

A poco andar llegamos á la fuente de Siloe (*shiloash*, enviado de Dios). Los musulmanes la llaman *Ain-um-ed-Deradje*, fuente de la madre de la escalera, sin que se sepa cuál es el motivo porque le dan este nombre. Otros la llaman tambien *Ain-sitti-Mariam*, fuente de la Señora María.

Una gradería de piedra conduce hasta la fuente que se encuentra

mucho mas baja que el nivel del suelo. Las mujeres de la aldea de Siloe vienen aquí con sus grandes cántaros, de boca estrecha y asas diminutas, á sacar agua. Son de aspecto franco y alegre, y usan trages de forma biblica. Llevan el rostro descubierto: son blancas, sonrosadas y tienen hermosísimos ojos.

Mientras íbamos bajando por la gradería, algunas de estas mujeres que estaban á la sazón en la fuente, nos veían con curiosidad, y reían con el descuido con que rien los niños. Al llegar yo á la última grada de la escalera, una muchacha sacaba su cántaro, y se disponía á colocarlo sobre su cabeza. Yo, devorado por la sed, me le acerqué en aquel momento, y le dije con semblante de amable súplica.

—*Moye!* (agua).

Ella me ofreció su cántaro con muy buena gracia, despues de haberle limpiado cuidadosamente la boca con la punta de su manto azul. El agua era un poco turbia, pero la encontré deliciosa á causa de la sed que me consumía. Dí las gracias á la muchacha con la frase árabe que había aprendido en Egipto.

—*Kátar-hérac-ktir* (agradezco mucho).

Ella me contestó riendo, con un torbellino de palabras que me fué imposible entender. Como la conversacion continuaba, le dije para cortarla:

—*Mabé famsh árabi* (no comprendo el árabe).

—*¿Famsh árabi?* (¿no comprende vd. el árabe?) me preguntó con tono de incredulidad.

—*La* (no) le contesté.

Soltó una franca y sonora carcajada, que fué repetida por las bóvedas de la gruta debajo de la cual nace la fuente. Puso su cántaro sobre la cabeza, y subiendo rápidamente los treinta escalones que conducen arriba, me dijo alegremente al partir:

—*Hátrac* (adios).

Pasado este incidente, echamos una mirada al fondo de la gruta.

El agua viene de origen ignorado, al través de un canal de mas de quinientos metros de longitud, tallado por la mano del hombre; obra generalmente atribuida á Salomon.

Salimos de la fuente muy á poco y seguimos caminando por el borde del torrente. A nuestra derecha se levantaba la colina Ofel, sobre la que se levantó en un tiempo Jerusalem, y que hoy no es mas que un campo. A nuestra izquierda se extendía un hermosísimo jardín, cuya tierra fértil y de color oscuro, está cultivada con esmero. En medio de aquellas montañas de piedra y de aquel valle estéril, este jardín forma contraste singular con su verdura y sus flores. El torrente Cedron atraviesa por en medio de este pequeño paraíso. En tiempo de lluvias, las aguas se desbordan é inundan el terreno. Pasada la inundacion, los *fellahs* reparan las destrucciones causadas por el torrente, y siembran sobre la tierra fresca y bonificada, las legumbres de que se surte Jerusalem. Este jardín fué en lo antiguo propiedad del rey, y por aquí pasó Sedecias cuando huyendo de los asirios salió de Jerusalem por una brecha practicada en el muro.

A corta distancia se encuentra el estanque de Salomon, en parte tallado en la roca, convertido ahora en huerto de legumbres. No lejos se encuentra asimismo la piscina de Siloe, donde Jesucristo restituyó la vista á un ciego de nacimiento con el lodo que formó con su saliva y la tierra del suelo, que aplicó sobre sus ojos.

Cerca de la piscina se mira á la derecha un sendero que sube al monte Sion; este camino conducía á la ciudad de David, y estaba tallado en la roca en forma de gradería. Todavía se perciben los enormes escalones que lo formaban.

Al sureste se mira un pequeño terreno de color amarillento, que indica el lugar donde el profeta Isaías fué aserrado y dividido en dos por órden de Manasses. Fué sepultado en el mismo sitio.

Despues de caminar buen espacio, llegamos al fin del valle de Josafat. Allí encontramos un pozo que los indígenas llaman pozo de

Job (Bir-Ayub) y que se cree ser la fuente de Rogel, colocada entre los límites de las tribus de Judá y de Benjamin. Aquí fué donde los israelitas, antes de partir cautivos á Babilonia, ocultaron el fuego sagrado del Templo por órden de Jeremías. Pasada la cautividad, los sacerdotes mandados por Nehemías para buscar el fuego, no encontraron mas que agua cenagosa dentro del pozo; pero rociados con ella la leña y los sacrificios, los rayos del sol encendieron un gran fuego, por lo que Nehemías dió al pozo el nombre de purificación, *Nefstar*.

Este pozo es bastante profundo y está formado con grandes y antiquísimas piedras.

A la vista del pozo de Nehemías, y sentados sobre unas piedras, reposamos durante una hora de las fatigas de la mañana. Mussa echó por tierra su manto, sacó de sus hombros las alforjas, y extendió delante de nosotros el almuerzo que se nos había preparado en el convento franciscano. Era casi la mitad del día, el cielo estaba despejado y ardía el sol en el zenit con toda su fuerza. Hacia calor sofocante. Las piedras que nos servían de asiento quemaban como brasas. En medio, pues, de aquel valle ardiente, y bajo aquel cielo que parecía derramar llamas, almorzamos, aunque con poco apetito á pesar de la fatiga. Ni una sombra de monte, árbol ó piedra, descubríamos alrededor, y ni una ráfaga de viento soplaba que pudiera templar un tanto el calor del día.

En pocos momentos nos vimos cercados por algunos árabes miserables, que no tenían por trage mas que una larga camisa de manta y un capote de pelo de camello echado sobre sus espaldas. Sentados sobre el suelo y con las piernas recogidas, nos miraban comer con ojos ávidos. Mientras tanto, conversaban entre sí con grandes gritos, como es costumbre hablar entre orientales, y dirigían á las veces la palabra á Mussa. Concluido nuestro almuerzo, Mussa les dió los restos, y era de ver cómo ellos devoraban con ademán hambriento los mendrugos de pan y la poca carne que había quedado adherida á los huesos del pollo.

En Oriente se come poco, y la gente es naturalmente frugal. Los *fellahs* ó cultivadores no comen mas que una vez al día, al caer la tarde, y casi nunca carne, pues su alimento ordinario se compone de legumbres, arroz y pan sin levadura. Esto sorprende tanto mas, en tanto que los *fellahs* son comunmente robustos y hermosos.

Terminado el almuerzo, proseguimos nuestra excursion. Volvimos sobre nuestros pasos, y entramos en el valle del hijo de Hennon que, partiendo del de Josafat, se dirige del oriente al occidente. Es sumamente pequeño y estrecho, y sirve de límite á las tribus de Judá y de Benjamin. En este valle pusieron los israelitas el ídolo de Moloc, que adoraban ofreciéndole toda especie de victimas, hasta victimas humanas. Manasses hizo perecer á sus hijos por el fuego de Moloc. Este valle es llamado asimismo de la carnicería ó de la matanza. Porque Jeremías había dicho: « Los hijos de Judá edificaron los altos de Tofet, que está en el valle del hijo de Hennon para quemar á sus hijos y sus hijas al fuego: lo que yo no mandé ni pensé en mi corazón. Por tanto, hé aquí que vendrán días, dice el Señor, que no se dirá mas Tofet ni valle del hijo de Hennon, sino valle de la Matanza, y enterrarán en Tofet, porque no habrá mas lugar. Y serán los cadáveres de este pueblo pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra, y no habrá quien las ahuyente. Y haré cesar en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalem voz de gozo y voz de alegría, voz de esposo y voz de esposa; porque la tierra será para desolacion.»

Aquí vino Jeremías por órden de Dios, llevando en la mano un vaso, y acompañado de los ancianos del pueblo y de los sacerdotes. El profeta quebró el vaso contra el suelo, y clamó: « Esto dice el Señor de los ejércitos: así quebraré yo á este pueblo y á esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero que no puede mas restaurarse, y en Tofet serán enterrados, porque no habrá otro lugar para enterrar.»

El rey Josias destruyó Tofet, y puso fin á los bárbaros sacrificios que se ofrecían á Moloc.

Moloc era un ídolo que tenía cuerpo de bronce de forma humana, con cabeza de toro. Sus manos estaban tendidas hácia adelante. Sus miembros bien acabados en su exterior eran vacíos por la parte de adentro. Al frente del ídolo había siete capillas. El que quería sacrificar á Moloc una paloma, entraba en la primera capilla; en la segunda, el que ofrecía un carnero; en la tercera, el que un carnero padre; en la cuarta, el que una ternera; en la quinta, el que un toro; y en la sexta, el que un buey. El padre desnaturalizado que venía á sacrificar su propio hijo, entraba en la capilla sétima, y era el único que tenía derecho para abrazar y besar la estátua. Por eso dijo el profeta Oseas: «es necesario sacrificar hombres para poder besar becerros.» El niño era colocado delante de Moloc. Gran fuego se encendía bajo el ídolo, hasta que el bronce se ponía rojo y candente. Entonces el sacerdote tomaba al niño y lo ponía sobre las manos de Moloc. A fin de que los gemidos de agonía que lanzaba la inocente criatura, no fueran escuchados por el padre, se redoblaba en un tambor todo el tiempo que duraba el sacrificio. De aquí tomó origen la palabra *Tofet*, porque *Tofet* quiere decir tambor.

Al pensar en estas idolatrías abyectas, en estas prácticas insensatas del pueblo escogido, se comprende la razón por qué el cielo hizo llover castigos sobre su ingratitud, después de haberlo colmado de beneficios.

La ceguedad y la barbárie en los pueblos privados de la revelación divina, no hay dificultad en concebirlas, porque la razón humana es bastante débil para remontarse por las regiones del infinito, y sumergir sus miradas en las profundidades de la verdad eterna. Las prevaricaciones de Israel, pueblo mimado, si se nos permite la expresión, del Altísimo, primogénito del Creador, que escuchaba la voz de Jehová y recibía leyes de su misma boca, confidente de Dios, iniciado en sus misterios, protegido de su mano, testigo de sus prodigios y de su omnipotencia; son tan insensatas, ciegas y locas, que apenas pueden creerse, porque escritas están en el único Libro de verdad

que posee el mundo. Librados los hebreos de la esclavitud de Egipto, donde eran tratados como vil muchedumbre de degradados siervos, traen de allá esculpido en su imaginación ingrata el recuerdo de un dios absurdo, de un animal divinizado, del buey Apis, á los piés del cual el pueblo egipcio, el más grande y civilizado de los tiempos antiguos, se prosternaba imbécil, arrastrando por el suelo la dignidad de la especie humana.

La mano de Dios separó las aguas del Mar Rojo, abriendo un camino milagroso al pueblo de los patriarcas, que volvía para ser poderoso y lleno de gloria á la tierra de sus padres; en medio de los arenales del Desierto hace Jehová brotar agua de las rocas para calmar la sed del pueblo afligido, y hace llover el maná y caer las aves del cielo á los piés de los hebreos para saciar su hambre; y para guiar su marcha al través de las inmensidades de arena, el Arca santa camina á la cabeza envuelta en una nube, visible á todos los ojos y sirviendo de guía á Israel fugitivo.

Nada sin embargo conmueve el corazón de aquella raza ingrata. Apenas Moisés, su salvador, su legislador, su jefe y su profeta, se aleja subiendo al monte para recibir la palabra de Jehová, cuando el pueblo se olvida de los beneficios del Señor, funde un becerro de oro, se postra delante de él, y lo adora.

Con razón Moisés en presencia de su apostasía, rompió las tablas de la Ley contra el suelo, ardiendo en ira á causa de la ceguedad de su pueblo. A la verdad, Israel tenía dura la cerviz, como lo dijo Jehová. Solamente la misericordia de Dios pudo haber perdonado tantas y tan grandes idolatrías como cometió, no solamente en el Desierto, sino en la misma tierra prometida, donde desconoció al Señor, después que Él exterminó á sus enemigos delante de sus pasos, y lo hizo dueño de aquellas regiones, donde fué grande y glorioso.

Moloc era una remembranza del buey Apis, y después de los reinos de David y Salomón, y de largos años de paz y de dicha, debidos á la protección del Señor, todavía, á los piés de la ciudad santa y en